

Revisión sobre las Instituciones de la Iglesia

Juan M. Ganuza

Bombardeo sobre las instituciones

Hoy no están de moda las instituciones dentro de la Iglesia. Más bien está de moda el atacarlas. Hay un afán desinstitucionador, iconoclasta, apresurado, que está llenando de escombros el vasto espacio eclesial. Y tal vez seamos míopes, pero no vemos surgir de entre las ruinas las nuevas instituciones. En los nuevos profetas, junto al grito de destrucción, el "delenda est Cartago", no aparece tan transparente el afán de salvación, de construir de nuevo para los hombres nuevos la nueva Iglesia de Cristo.

Pero no sólo las instituciones de la Iglesia están sometidas a un poderoso e incesante bombardeo, sino que aun la misma Iglesia, como Institución, no está libre de severos ataques. Cada día se escribe un artículo y, con más pausadas intermitencias, un libro en que, amén de la consabida crítica de las instituciones eclesiales, se pone en tela de juicio, de manera descarnada, la misma institucionalidad de la Iglesia, y se contraponen la Iglesia-Institución a la Iglesia-Acontecimiento, la Iglesia de los carismas y de las profecías a la Iglesia de estructuras constantinianas.

Ya no nos sorprende que la seria y concienzuda editorial Herder, por ejemplo, edite libros tan radicales e "iconoclastas" (el epíteto es de la editorial) como el de "La Iglesia contra sí misma", de Rosemary Ruether (1), y que en su presentación en el "suplemento bibliográfico" Gabriel Vahanian apologice así la obra:

"Como el templo en tiempo de Jesús así es hoy la Iglesia la que debe ser destruida, y debe serlo, precisamente, para que se mantenga la tradición a través de la cual fue proclamado por primera vez el evangelio y por la que la fe se ha conservado."

No hemos leído la obra, pero, a juzgar por su presentación, no queda en ella, a fuerza de mazazos, títere con cabeza, ni Concilio, ni aggiornamento, ni Iglesia como realidad objetiva, ni sucesión apostólica ni episcopado..., sino que Iglesia es...

"...donde dos o más son reunidos, y lo son, verdaderamente, por la acción del Espíritu Santo, sólo cuando se les

impide el aglutinarse en una institución."

Bombardeo contra las instituciones de la Iglesia y principalmente contra la Iglesia como institución, que tiene efectos más devastadores cuando es más sistemático y procede de reputados teólogos. Tal es el caso del libro de H. Kung sobre "La Iglesia", en el que con legítimo afán ecuménico se destaca la falta de aparato institucional en la primera fase de la Iglesia primitiva, se enfatiza en ella lo personal sobre lo institucional, la libertad sobre todo lo que sea imposición, principalmente jurídica, se silencia la sucesión apostólica...

Siendo nuestro intento sólo señalar derroteros y esperando que pronto aparecerá en SIC un trabajo más a fondo, de reflexión teológica, sobre el tema, remitimos al lector interesado a la crítica de G. Dejaifve sobre la obra de H. Kung (2). J. Dejaifve señala como constantes en todo el libro "la denuncia casi permanente, a través de todo el libro, de la concepción objetivista de la Iglesia" y de todo juridicismo, que impide al autor señalar la legitimidad del Derecho como fundamento necesario, aunque limitado y circunscrito, de una comunidad humana animada por el Espíritu Santo.

Este bombardeo anti-institucionalista está provocando un endurecimiento de la posición contraria y crea, a no dudar, una actitud defensiva que, lamentablemente, va a impedir una serena revisión, animada por la caridad y abierta a los signos de los tiempos, de las instituciones eclesiales.

El P. Chenu hace unas reflexiones cuya sabiduría puede ayudar a unos y otros:

"Siempre que, según el curso contingente de las civilizaciones, en la evolución de las estructuras sociales y políticas, se prepara una renovación del hombre, un nuevo tipo de humanidad, la Iglesia, hablando socialmente, sufre una especie de desfaseamiento que la deja por algún tiempo al margen, pero con ansia a la vez, no provista aún de los instrumentos que le permitirían injertar la gracia no sólo en los individuos, sino también en las instituciones y en las nuevas comunidades. Pero sucede entonces que, como por un instinto natural, en el que nuestra fe discierne la presencia del Espíritu, la Iglesia reacciona con una sacudida de todo su organismo para reconocer en esta humanidad nueva un estupendo sujeto de gracia cristiana." (3)

Necesidad de las instituciones en la Iglesia

No es nuestro intento hacer hincapié en la Iglesia como institución. El Concilio ha abundado sabiamente en este tema en su Constitución "Luz de las Gentes", particularmente en su capítulo primero, "El Misterio de la Iglesia", y más específicamente en el número 8 so-

bre la Iglesia visible y espiritual a un tiempo.

No negamos que para muchos, como lo ha afirmado Ch. Davies, la Iglesia, tal como existe, puede ser un obstáculo para encontrar a Cristo. Se necesitan ojos perspicaces que atraviesen la costra de cierto institucionalismo excesivo, de la burocracia administrativa, de un frío impersonalismo, de ciertas formas externas, de un convencionalismo pomposo e irritante... Como bien dice el Concilio, "la Iglesia es una realidad compleja integrada de un elemento humano y otro divino". Y lo humano en su opacidad oculta demasiadas veces a la Esposa de Cristo. Después de todo, son admirables la humildad de la Iglesia al reconocer las manchas que afean su rostro y su afán de eliminarlas para que en él se transparente el rostro del Esposo, Cristo.

Vamos a detenernos más bien en las múltiples instituciones existentes dentro de la Iglesia, y no en forma detallada, sino global.

Además de la forma institucional que debe adoptar, necesariamente, el culto litúrgico, y con el que están íntimamente ligadas las parroquias, hay instituciones como las asociaciones de laicos, comprometidos en el apostolado (A. C., Movimiento Familiar Cristiano, Cursillos de Cristiandad, Legión de María...), asociaciones de piedad, etc. Son innumerables y múltiples las asociaciones de caridad y de beneficencia, lo mismo que las de educación, promoción humana y temporal, como sindicatos, cooperativas, asociaciones familiares... Ni podemos marginar los centros de formación de futuros sacerdotes, religiosas y religiosos...

Respecto a las instituciones de caridad y beneficencia, la Iglesia en el Concilio no ha dejado de destacar su importancia y aun su necesidad. Por ellas la Iglesia aparece, como tal, testimonian-do al mundo el amor de Cristo a los hombres y "así en todo tiempo reivindicada para sí las obras de caridad como deber y derecho propio que no puede enajenar" (Decreto sobre el apostolado de los laicos, n. 8).

Son las escuelas católicas las más atacadas, tal vez, por los impugnadores de las instituciones eclesiales. Y aun muchos, exagerados en su defensa del institucionalismo eclesial, no escatiman sus críticas a las escuelas de la Iglesia. El Concilio, sin embargo, con gran finura y firmeza a la vez, destaca la importancia de la presencia de la Iglesia en el campo escolar, "que se manifiesta especialmente por las escuelas católicas", e insiste en su utilidad actual:

- (1) Herder Book Supplement, nov. 1967.
- (2) Nouvelle Revue Theologique, dic. 1967, pgs. 1084 y sgs.
- (3) Reforme de structures en chrétienté (Economie et Humanisme, 1948, Paris).

"Siendo, pues, la escuela católica tan útil para cumplir la misión del Pueblo de Dios y para promover el diálogo entre la Iglesia y la sociedad humana en beneficio de ambas, conserva su importancia trascendental también en los tiempos actuales." (Declaración sobre la educación cristiana, n. 8.)

No está de más recordar la importancia que el Concilio da a las universidades católicas, que quiera sean verdaderos centros de investigación, estén abiertas a los alumnos de mayores esperanzas, aunque sean de escasa fortuna y formen hombres de auténtico prestigio que desempeñen las funciones más importantes de la sociedad (Id. n. 10).

Los movimientos organizados de apostolado seglar merecen atención especial al Concilio, que destaca su importancia y necesidad en el mundo y la Iglesia de hoy. Gran parte del Decreto sobre apostolado seglar se dedica a estas formas organizadas, institucionales, del apostolado seglar. Señalemos sólo un párrafo:

"En las circunstancias actuales es de todo punto necesario que en la esfera de la acción seglar se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente todos los fines del apostolado moderno y proteger eficazmente sus bienes." (Decr. Apostolicam Act. n. 18.)

El teólogo francés J. Danielou enfoca así las instituciones de tipo temporal dentro de la Iglesia:

"En cuanto a las instituciones de tipo temporal en la Iglesia, en particular la escuela cristiana, pero también los movimientos de juventud, la prensa, los centros de investigación en el campo social, aparecen como absolutamente necesarias, principalmente en un país pluralista en el que las instituciones públicas son neutras para hacer posible esta función de síntesis entre la fe y la cultura, que hemos dicho que era esencial tanto a la fe para encarnarse como a la cultura para sacralizarse. Es evidente que esto no puede conseguirse en las instituciones neutras. Por otra parte, esto no es un problema de tipo individual, y toda síntesis exige un ambiente en que se pueda realizar." (4)

La utilidad y aun la necesidad de las instituciones es aún más perentoria en nuestras iglesias latinoamericanas, que son muy deficitarias al respecto, no sólo en su número, sino también en su calidad, y por eso nos parecen absurdas y fuera de contexto y de un irrealismo angelical los extremismos anti-institucionalistas de muchos teóricos, algunos recién desembarcados en nuestras costas y aún inadaptados a nuestros ambientes, que quieren trasplantar ingenuamente a nuestras tierras tropicales ideas y situaciones de allende los mares. La debilidad de nuestras instituciones y la arteriosclerosis de muchas de ellas han reper-

cutido desfavorablemente en la escasez de auténticos laicos cristianos, capitanes de un mundo más humano y más cristiano.

En contraste con estos ingenuos peligrosos, nos parece admirable, por el profundo conocimiento de nuestra situación y su iluminado realismo, la alocución de S. S. Paulo VI (24 de noviembre de 1965) ante el episcopado de veinte naciones de Iberoamérica sobre el trabajo apostólico en nuestro continente. La podríamos llamar la carta magna de una auténtica y evangélica institucionalización de la Iglesia en Latinoamérica, débil orgánicamente, falta de hombres y carente de sólidas estructuras pastorales (5).

Ante los brotes de rebeldía antijurídica y antiautoritaria, justificados en gran parte y a tono con el siglo, de gran parte del laicado reunido en el III Congreso Mundial de Apostolado Seglar, nos impresionó la clara respuesta del Papa en su homilía del 15 de octubre en San Pedro:

"De un laicado generoso, organizado, fiel a sus jefes, ¿qué espera la Iglesia? En primer lugar, una ayuda substancial para la buena marcha de sus instituciones. Gracias al progreso teológico del que hablábamos hace poco, se ha hecho más fácil delimitar la distribución de responsabilidades entre el clero y el laicado. Es preciso, sobre todo teniendo en cuenta el número insuficiente de clérigos, sacerdotes y diáconos, en tantas regiones del mundo, que los seglares asuman cada vez más —sea en las filas de la A. C., sea fuera de ellas— las tareas que no exigen necesariamente el carácter sacerdotal..."

Sin un laicado organizado, estructurado, vitalizando las instituciones de la Iglesia y humanizando y cristificando nuestras estructuras sociales, políticas y económicas, nuestra Iglesia se irá bifurcando en un mundo secularizado, haciéndola más folklórica y ritualista y perdiendo su eficacia evangélica.

Instituciones, sí, pero...

Instituciones, sí, pero más ágiles, más misioneras, más evangélicas y más abiertas al hombre de hoy, particularmente al hombre golpeado por las mil plagas actuales. En la gran encuesta de la revista *Esprit* sobre "Mundo nuevo y Palabra de Dios", ya citada, insisten varios de los entrevistados en que la Iglesia debe hacer una depuración de instituciones, jerarquizar las que quedan y atreverse a inventar otras de nuevo tipo. Uno de ellos, el sociólogo Michel Cornaton, abre una puerta a la búsqueda con esta atrevida proposición:

"Supuesto que la Iglesia debe desprenderse de instituciones expertas en 'cristianismo', carece de instituciones expertas en humanismo, es decir, de instituciones capaces de

mantener la confrontación entre la Iglesia y el mundo."

El señor Tom Kerstiens, en su acertada conferencia introductoria al III Congreso de Apostolado Seglar, establece al respecto posiciones que compartimos y que juzgamos orientadoras en la necesaria renovación de las instituciones de la Iglesia:

"Para ayudar a crear las condiciones que permitirán convertirnos en cristianos adultos, capaces de servir a la civilización moderna y a su redención, necesitamos instituciones y organizaciones de avanzada y abiertas al cambio. No se puede estar, de ninguna manera, de acuerdo con aquellos que creen que la Iglesia no necesita formas institucionales para incorporarse a la civilización.

En teoría es muy atractivo hablar del espíritu vivificador que debiera reemplazar a las organizaciones católicas. Me temo, sin embargo, que esta mentalidad pertenezca a soñadores medievales, quienes debieran estudiar por qué los gobiernos totalitarios, sean de derecha o de izquierda, comenzaron siempre por suprimir las organizaciones católicas antes de actuar directamente contra la Iglesia jerárquica.

Estoy con Danielou cuando dice: 'la proclamación del Evangelio requiere imprentas, prensa, radio, cine. La formación del cristiano exige colegios, movimientos de juventud, grupos de adultos. El mantener un lugar en el mundo de las ideas requiere centros de investigación y universidades.'

Esto no quiere decir, y la historia lo prueba, que nada puede hacerse sin organizaciones. Tenemos entre nosotros, y quiero saludarles especialmente, puesto que son un ejemplo y una inspiración para todos, cristianos comprometidos de países donde todas las formas de apostolado están fuertemente impedidas por opresivas medidas gubernamentales. Igualmente tenemos delegados de países —con los que también simpatizo— en donde la Jerarquía parece no darse cuenta de la importancia del apostolado organizado en el campo de lo temporal.

La condición *sine qua non*, sin embargo, de las instituciones u organizaciones de laicos es la de ser inflexibles, de avanzada y abiertas al cambio, ya que el objetivo de las organizaciones no puede ser la razón de su existencia."

¿No podrían aplicarse estas razones de Tom Kerstiens también a las organizaciones no laicales, sino también eclesiológicas?

Por cierto que la mayoría de las objeciones contra las instituciones de la Iglesia no son, en el fondo, contra las organizaciones, sino contra "tales organizaciones", y proceden de una opinión generalizada en el mundo de hoy, y las más de unas veces de un afán misionero.

(4) *Esprit: Nouveau Monde et Parole de Dieu (Enquête)*, pág. 575, oct. 1967.

(5) BAC: Concilio Vaticano II (Documentos). Madrid, 1966, págs. 839 y sgs.

Muchas de las instituciones, por otra parte, aún siguen manteniendo su sentido proteccionista, de refugio o invulnerable, y su atmósfera marea a los mejores cristianos laicos, conscientes de su función de "alma del mundo", como se lo reconoce el Concilio.

Monseñor Ancel, el obispo obrero, ha recogido en un documentado artículo: "Institución y presencia misionera de la Iglesia" (6) las objeciones que se hacen, desde un punto de vista misionero, a las instituciones eclesiales, y ha hecho una valiente apología de las instituciones renovadas. Según él, las instituciones de la Iglesia deben renovarse constantemente para que sean auténticamente misioneras. Muchas de ellas han sido creadas en vistas a la protección y la defensa, sin vistas a una presencia en el mundo. Toda institución de la Iglesia está amenazada por un cierto inmovilismo y el peligro de cerrarse en sí misma. Pero estos peligros se pueden evitar si la institución entra por el cauce misionero abierto por el Concilio. Sucederá que muchas de estas instituciones deberán sufrir hondos cambios de estructuras, y aun que algunas de ellas, desaparecido el objetivo para el que fueron creadas, o desaparezcan, o se fusionen con otras mejor orientadas.

El problema no está, pues, en la existencia de las instituciones de la Iglesia, sino en su eficacia y recta orientación.

"Es menester —afirma el Obispo auxiliar de Lyon, que los cristianos renuncien a las críticas de principio contra las instituciones cristianas. Estas críticas no tienen razón de ser, pues se oponen a la enseñanza de la Iglesia. Por otra parte, lejos de contribuir a la renovación profunda que necesitan estas instituciones, son ocasión de endurecimiento de posiciones que deberían evolucionar."

Los mismos cristianos, aun dirigentes, que están comprometidos en estructuras políticas, sociales, económicas... profanas, necesitan de ciertas instituciones de aliento espiritual que les mantengan en la debida forma humana y cristiana.

Aterrizaje en Venezuela

Aunque sólo sea brevemente, debemos forzosamente aterrizar en la Iglesia de Venezuela. Y pedimos perdón de antemano de las inevitables generalizaciones en que vamos a incurrir.

En nuestro país no podemos dedicarnos al jueguito peligroso de apagar alegremente las pocas candelas prendidas de nuestras instituciones eclesiales, que, por otra parte, necesitan una profunda renovación.

Debido a un determinado número de factores, particularmente políticos, no es nuestra Iglesia rica en estructuras y las

que tenemos no son precisamente modelos de robustez.

En el campo de la caridad y de la beneficencia, aunque abundan las iniciativas atomizadas y de tipo individualista, no puede contar la Iglesia con numerosos y bien montados hospitales, ni centros de salud. No es despreciable la labor realizada por muchos de los dispensarios parroquiales. Las Conferencias de San Vicente de Paúl llevan a cabo una labor, si no muy extensa, sí bien estructurada y planificada. Y por medio de "Charitas", tanto en plano nacional como diocesano, la caridad de la Iglesia, sabiamente organizada, se va abriendo cauce y traduciendo en una auténtica promoción de la comunidad.

En este campo de la promoción de la comunidad es digno de notarse el IVAC (Instituto de Acción Comunitaria), que, aunque no de la Iglesia, está inspirado por su doctrina.

Las organizaciones de apostolado seglar no están en su peor momento en Venezuela, y se han beneficiado de la intensa sacudida del laicado producida por los Cursillos de Cristiandad. Los grupos organizados de profesionales católicos están aún en penosa gestación. Apenas existen algunas células organizadas del movimiento obrero adulto, y la Juventud Obrera Católica, muy auténtica y bien orientada, es de muy reducidas dimensiones. Lo mismo podemos decir de la A. C. de adultos, de hombres particularmente. Los movimientos juveniles de A. C. tienen mayor empuje. La Legión de María, muy extendida y eficaz en todo el país, ha pecado de excesiva sacramentalización, pero se abre hoy a una acción de evangelización más honda y a una más decidida promoción del hombre y de la comunidad. El Movimiento Familiar Cristiano está bien arraigado en Venezuela, pero le ha sido difícil una gran expansión. Han sido los Cursillos de Cristiandad los que están poniendo mayor número de laicos en movimiento, aunque es lástima que, por una serie de factores de tipo pastoral, no se haya aprovechado suficientemente su ímpetu apostólico en muchas regiones del país. En el campo estudiantil juvenil, además de los grupos universitarios del M.U.C., hay un fuerte movimiento de inspiración cristiana, con gran dinámica social y mística, de muchachos y muchachas de los liceos oficiales, "Jóvenes de Acción".

En las estructuras pastorales es más urgente una profunda renovación. Existen muy buenas parroquias, pero no creemos que haya habido la suficiente adaptación a los medios ambientes y el paso de la Iglesia no se ha acompañado al rápido de otras estructuras. Si en algunas diócesis, muy contadas, se han notado los frutos de una eficaz pastoral de conjunto, en la mayoría de ellas aún se está en los balbucesos.

La escasez de sacerdotes y la poca reflexión teológica y pastoral sobre el terreno, producida por el agobio pastoral, explican la debilidad de muchas estructuras pastorales y la ausencia de otras necesarias. Abre puertas, sin embargo, a la esperanza la honda renovación de seminarios y casas de formación religiosa.

Son las instituciones de educación la fuerza estructural mayor de la Iglesia en Venezuela. Y las que necesitan una mayor agilización, una apertura más decidida al mundo de los pobres y una toma de conciencia más severa de la problemática venezolana. Los colegios católicos privados son también los más criticados. Con todos sus defectos, sin embargo, constituyen la estructura más sólida de la Iglesia venezolana. ¡Ojalá tengamos pronto ocasión de ver en las páginas de SIC un estudio a fondo del tema, de manos de expertos, y con esa libertad evangélica y buen sentido que exigen a gritos la Iglesia y la sociedad de hoy!

Fe y Alegría y la espléndida obra de promoción de escuelas-talleres populares del P. Emilio Blaslov son dos anchos caminos abiertos a nuevas perspectivas en el campo de la educación.

Abundan los elementos positivos en nuestra Iglesia, y en esto casi parafraseamos a Paulo VI en un texto que aplica a América Latina, joven y vigorosa, a pesar de sus fallos, y es deber de todos anuar nuestros esfuerzos para la reestructuración necesario de nuestras instituciones, y la búsqueda esperanzada de las exigidas por los tiempos. La falta del clero sólo se podrá suplir por una multiplicación en cantidad y cualidad de un laicado apostólico y consciente. Ellos vitalizarán las estructuras necesarias. Y ellos deberán salir, normalmente, de nuestras instituciones de educación y apostolado y de las comunidades parroquiales vivas. Ellos también serán los creadores de las estructuras humanas que necesita nuestro país, o elementos vitales y determinantes dentro de ellas.

En relación con esto hay un consejo de suma gravedad que da el Papa Paulo VI a los religiosos de América Latina:

"Ellos deben representar siempre fuerzas verdaderamente vivas en el apostolado mediante centros ejemplares e importantes de vida espiritual que han ya creado y sabrán crear." (Paulo VI al Episcopado de América Latina.)

(6) *Institution et présence missionnaire de l'Eglise*. Artículo aparecido en el número de octubre, 1967, de "Cahiers de Recherches et Débats", del Centro Católico de Intelectuales franceses, dedicado a las instituciones cristianas. El artículo, de Monseñor Ancel, lo reproduce la revista "La Documentation Catholique", 21 de enero de 1968, n. 1.509, pág. 126 y sigs. Paris, Bonne Presse.